

Los ritmos de la protesta

Nicolás Lynch

La protesta social ha invadido Lima en los últimos días. A la presencia cotidiana de los mineros que se han convertido ya casi en parte del paisaje de la capital, se han sumado los trabajadores pesqueros tras agotadora marcha de sacrificio y a éstos los universitarios que vuelven a las calles, en defensa del pasaje estudiantil. Por motivos económicos de cada uno de sus sectores confluyen en el centro de Lima, corazón del país legal, los compatriotas más inmediatamente afectados por el embajador de la Wells Fargo. Acicatea la crisis con ritmo propio, y los estómagos peruanos no conocen hoy en día otro tiempo que no sea el que le marcan las necesidades cotidianas.

La protesta frente a la crisis no es un hecho extraño en los últimos tiempos, sin embargo ha venido teniendo en estos tres años de democracia belaundista un ritmo economicista y disperso, pero creciente, que las más de las veces no ha sido el mismo que las organizaciones políticas han buscado esbozar como tendencias de desarrollo del período y sus coyunturas. Algo de esto hay en la actual campaña municipal. Diseñada como campaña plebiscitaria

por Izquierda Unida, se entiende que debiera ser un momento en el que se concentren el conjunto de tensiones sociales acumuladas en el país en los últimos años. Sin embargo parece ser que hasta el momento la coyuntura marcada por las elecciones no responde a las expectativas.

El perfil bajo, que en un momento se le quiso achacar a algunos de los candidatos, se podría generalizar hoy para casi todos, teniendo las características de la campaña misma. Hasta Barnechea que insurgió con mucho entusiasmo en un primer momento ha debido bajar sus fuegos por sus múltiples errores de soberbia. En lo que a Grados respecta, el comprensible temor oficialista, que lo llevó a retrasar el inicio formal de su campaña, se mostró fundado por la poca acogida que viene teniendo el efecto boomerang que sus consignas le pueden traer. Amiel, el candidato técnicamente perfecto muestra hasta hoy buena organización y mucho dinero, pero ningún carisma, ni por supuesto calor popular, como corresponde a un gerente en estos momentos de crisis.

Frente a ellos Alfonso Ba-

rantes, reincidente en la lid municipal, se alza modesto pero energético, como una figura que plasma el combate consecuente contra el gobierno. A pesar del bajo tono general, las tendencias lo señalan como triunfador. Su carisma resume la angustia por la crisis, angustia muchas veces pasiva, pero compartida por millones, a la vez que lo convierte en depositario de la esperanza por encontrar una alternativa. No es un sentimiento plenamente organizado, ni aún tampoco las salidas concretas que resuelven esa esperanza se dibujan nítidamente para las masas, siendo éstas las mayores debilidades a superar. Pero sí se trata de un sentimiento masivo y con candidato propio, de allí la responsabilidad de Izquierda Unida y el propio Barrantes. Una responsabilidad de cara a la victoria.

La campaña de IU, que reposa únicamente en el tesón de su militancia, no ha desplegado hasta hoy grandes iniciativas de masas, por las propias características del tiempo político actual. Mejor centralizada que en otras oportunidades, diría-

mos que ha tenido un encuentro con el movimiento social que confluye en Lima. Encuentro con un movimiento que responde a una dinámica propia y hasta cierto punto distinta a la de IU, pero que al mismo tiempo encuentra en ésta un liderazgo que estrecha su contacto con la escena política estatal. Para IU la coincidencia no puede ser más feliz. Significa antes que nada el matiz plebeyo que le faltaba a sus iniciativas, remediando su andamiaje burocrático. Podemos hablar de matiz, aunque no de sabor, pero algo es algo, y en este caso la fuerza popular le puede dar a la campaña un barniz diferente que puede convertir la perspectiva de triunfo en definitiva. Además, es preciso anotar, la nítida actitud de apoyo del candidato de IU a las diversas expresiones de protesta popular, hace unas semanas frente al paro nacional y en estos últimos días frente a las marchas y mítines comentados. Actitud que contrasta, y esto ha sido muy claro para la opinión pública, con la de los otros candidatos, que salvo alguna aislada actitud demagógica, han rechazado o mostrado su indiferencia por la movilización de trabajadores y estudiantes.

En este punto es donde mejor remarca Alfonso Barrantes su carácter de líder de la oposición.

Este encuentro entre la campaña y la protesta dice, sin embargo, de un desencuentro mayor. Aquel que refiere a la necesidad de una relación de fondo entre el movimiento de protesta social que atraviesa desigualmente el país y la organización política que traza sus planes de acuerdo con cronogramas electorales que no necesariamente expresan el pulso de las masas. Desencuentro que se produce no porque la aspiración de unos o de otros sea la de andar caminos diferentes, sino porque las mediaciones entre la sociedad y los actores políticos tienden, en momentos de crisis como los actuales, a hacerse paradójicamente, más difíciles de plasmar. más difusas e incluso a veces aparecen como imposibles. Este encuentro debe convertirse, por ello, en un punto que permita la solución del desencuentro mayor. El paso inmediato en este sentido es indudablemente el triunfo electoral de IU en las elecciones municipales del 13 de noviembre.